

Existe en Douai en la calle de París una casa cuya fisonomía, distribución interior y detalles han conservado, más que los de ninguna otra mansión, el carácter de las antiguas construcciones flamencas, tan ingenuamente adaptadas a las costumbres patriarcales; pero antes de describirla, acaso convenga en interés de los escritores dejar sentada la necesidad de esas preparaciones didácticas contra las que protestan ciertas personas ignorantes y voraces que desean emociones sin soportar sus principios generadores, la flor sin la semilla, la criatura sin la gestación. ¿Habría de exigírsele, pues, al Arte que sea más fuerte que la Naturaleza?

Los acontecimientos de la vida humana, ya sea pública o privada, aparecen tan íntimamente ligados a la arquitectura, que la mayoría de los observadores pueden reconstruir las naciones o los individuos en toda la verdad de sus costumbres, según los restos de sus monumentos públicos o mediante el examen de sus reliquias domésticas. La arqueología es a la naturaleza social lo que la anatomía comparada a la naturaleza organizada. Un mosaico revela toda una sociedad, al igual que el esqueleto de un ictiosaurio entraña toda una creación. En una y otra parte, todo se deduce, todo se encadena. La causa permite

adivinar un efecto, como cada efecto permite remontarse a una causa. El sabio resucita hasta las verrugas de los tiempos pasados. De ahí sin duda el prodigioso interés que inspira una descripción arquitectónica cuando la fantasía del escritor no distorsiona sus elementos; ¿acaso no puede todo el mundo relacionarla con el pasado mediante severas deducciones? Y, para el hombre, el pasado guarda singular semejanza con el futuro: ¿contarle lo que fue no equivale casi siempre a decirle lo que será? En definitiva, raro es que la descripción de los lugares en que transcurre la vida no recuerde a cada cual sus deseos traicionados o sus esperanzas en flor. La comparación entre un presente que burla las apetencias secretas y el futuro que puede hacerlas realidad constituye inagotable fuente de melancolía o de gratas satisfacciones. Por eso resulta poco menos que imposible no experimentar una especie de ternura ante la pintura de la vida flamenca, cuando sus accesorios aparecen bien expresados. ¿Por qué? Quizá sea, entre las distintas existencias, la que mejor entraña las incertidumbres del hombre. Danse en ella todas las fiestas, todas las relaciones familiares, un opulento desahogo que atestigua la continuidad del bienestar, un descanso que semeja beatitud; pero refleja sobre todo el sosiego y la monotonía de una felicidad cándidamente sensual en la que el goce ahoga el deseo anticipándose siempre a él. Cualquiera que sea el precio que conceda el hombre apasionado a las turbulencias de los sentimientos, jamás contempla sin emoción las imágenes de esa naturaleza social en la

que los latidos del corazón están tan bien regulados que la gente superficial la acusa de frialdad. La multitud prefiere por lo común la fuerza anormal que desborda a la fuerza equilibrada que perdura. La multitud no tiene tiempo ni paciencia para percibir el inmenso poder oculto tras una apariencia uniforme. Y así, para sorprender a esa multitud arrastrada por la corriente de la vida, la pasión, al igual que el gran artista, se ve obligada a rebasar el objetivo, como hicieron Miguel-Ángel, Bianca Capello, la señorita de La Vallière, Beethoven y Paganini. Únicamente los grandes calculadores piensan que nunca hay que ir más allá del objetivo, y solo respetan la virtualidad impresa en una perfecta ejecución que confiere a toda obra esa honda serenidad cuyo hechizo captan los hombres superiores. Pues bien, la vida adoptada por ese pueblo esencialmente ahorrador se ajusta perfectamente a las condiciones de felicidad con que sueñan las masas para la vida ciudadana y burguesa.

La más exquisita materialidad aparece impresa en todas las costumbres flamencas. El confort inglés presenta tintes secos, tonalidades duras; en cambio, en Flandes, el viejo interior de los hogares deleita la vista por sus colores suaves, por una llaneza auténtica; sugiere el trabajo sin fatiga; la pipa evidencia una grata aplicación del *far niente* napolitano; refleja asimismo un sentimiento apacible del arte, su condición más necesaria, la paciencia, y el elemento que hace que sus creaciones sean duraderas, la conciencia. El carácter flamenco radica en esas dos palabras,

paciencia y conciencia, que parecen excluir los ricos matices de la poesía y transmitir a las costumbres de ese país la misma falta de relieve que sus anchas llanuras, tan frías como su brumoso cielo. Pero nada más lejos. La civilización ha desplegado allí todo su poder modificándolo todo, aun los efectos del clima. Si observamos con atención las obras de los distintos países del globo, nos sorprende de entrada observar los colores grises y pardos especialmente asignados a las producciones de las zonas templadas, en tanto que los colores más esplendorosos distinguen las de los países cálidos. Las costumbres han de adaptarse necesariamente a esa ley de la naturaleza. Flandes, que otrora fue esencialmente pardo y abocado a tintes uniformes, halló el modo de hacer refulgir su atmósfera fuliginosa merced a las vicisitudes políticas que la sometieron sucesivamente a borgoñones, españoles y franceses, y que la hicieron confraternizar con alemanes y holandeses. De España, conservó el lujo de los escarlatas, los brillantes rasos, las tapicerías de vigorosos efectos, las plumas, las mandolinas y las corteses maneras. De Venecia, heredó, a cambio de sus telas y encajes, esa fantástica cristalería en la que el vino reluce y parece mejor. De Austria, ha conservado esa morosa diplomacia que, según un dicho popular, se anda con pies de plomo. El comercio con las Indias le ha legado los inventos grotescos de China y las maravillas del Japón. No obstante, pese a su paciencia en amarlo todo, en no devolver nada, en soportarlo todo, Flandes tan solo podía ser considerado como el almacén

general de Europa hasta el momento en que el descubrimiento del tabaco soldó con el humo los diseminados rasgos de su fisonomía nacional. Desde entonces, a pesar de las particiones de su territorio, el pueblo flamenco existió en virtud de la pipa y la cerveza.

Tras haber asimilado, por la constante economía de su conducta, las riquezas e ideas de sus señores o vecinos, este país, de natural tan apagado y carente de poesía, se creó una vida original y unas costumbres peculiares, sin, al parecer, pecar de servilismo. El Arte se despojó de todo idealismo para reproducir únicamente la forma. No le pidáis, pues, a esa patria de la poesía plástica ni la inspirada locuacidad de la comedia, ni la acción dramática, ni las inflamadas audacias de la epopeya o de la oda, ni el genio musical; en cambio, es fértil en descubrimientos, en discusiones doctorales que requieren tiempo y lámpara. Todo aparece marcado con el sello del goce temporal. Allí el hombre ve exclusivamente lo que es, su pensamiento se inclina tan escrupulosamente a servir las necesidades de la vida que en obra alguna se ha lanzado más allá del mundo real. La única idea de futuro concebida por ese pueblo fue una suerte de economía en política, su fuerza revolucionaria arrancó del deseo doméstico de tener campo libre en la mesa y de pasar agradables ratos bajo el alero de sus *steedes*. La conciencia del bienestar y el espíritu de independencia que inspira la fortuna engendraron, allí antes que en lugar alguno, ese afán de libertad que más adelante fermentó en Europa. Y así, la

constancia en sus ideas y la tenacidad que transmite la educación a los flamencos los convirtió antaño en hombres de armas tomar en la defensa de sus derechos. Nada, pues, en ese pueblo se ejecuta a medias, ni las casas, ni los muebles, ni el dique, ni la cultura, ni la revolución. Y así, conserva el monopolio de cuanto emprende. La fabricación del encaje, obra de paciente agricultura y de más paciente industria, la de su tela son hereditarias como sus fortunas patrimoniales. Si hubiese que describir la constancia bajo su forma humana más pura, acaso atinásemos tomando el retrato de un buen burgomaestre de los Países Bajos, capaz, como tantos casos se han dado, de morir burguesamente y sin pena ni gloria por los intereses de su hansa. Pero las entrañables poesías de esa vida patriarcal aparecerán espontáneamente en la descripción de una de las últimas casas que, en los tiempos en que comienza esta historia, conservaban aún su carácter en Douai.

De todas las ciudades del departamento del Norte, Douai es, por desgracia, la que más se moderniza, donde el sentimiento innovador ha hecho más rápidas conquistas, donde más ha prendido el amor al progreso social. Día a día, desaparecen las vetustas construcciones, se desvanecen las viejas costumbres. En Douai reinan el tono, las modas, las maneras de París; y de la antigua vida flamenca, los douaisienses muy pronto solo conservarán la cordialidad de los cuidados hospitalarios, la cortesía española, la riqueza y la limpieza de Holanda. Los palacios de piedra blanca habrán sustituido a las casas de ladrillo. La opulencia de las

formas báltavas habrá cedido ante la cambiante elegancia de las novedades francesas.

La casa en donde se desarrollaron los acontecimientos de esta historia se halla hacia la mitad de la calle de París y, desde hace más de doscientos años, ostenta en Douai el nombre de Casa Claës. Los Van Claës fueron en otro tiempo una de las más famosas familias de artesanos a las que los Países Bajos debieron, en varios productos, una supremacía comercial que han conservado. Durante mucho tiempo los Claës fueron en la ciudad de Gante, de padres a hijos, los jefes del poderoso gremio de Tejedores. A raíz de la sublevación de esta gran ciudad contra Carlos V, quien quería abolir sus privilegios, el más rico de los Claës se comprometió hasta tal punto que, previendo una catástrofe y obligado a compartir la suerte de sus compañeros, mandó secretamente bajo protección de Francia a su mujer, hijos y riquezas, antes de que invadiesen la ciudad las tropas del emperador. Las previsiones del síndico de los tejedores resultaron acertadas. Al igual que muchos otros burgueses, fue excluido de la capitulación y colgado como rebelde, cuando era en realidad el defensor de la independencia gantesa. La muerte de Claës y sus acompañantes dio sus frutos. Tiempo después, aquellos inútiles suplicios costaron al rey de las Españas la mayor parte de sus posesiones en los Países Bajos. De todas las semillas confiadas a la tierra, la sangre derramada es la que proporciona más pronta cosecha. Cuando Felipe II, que castigó la revuelta hasta la segunda generación, extendió sobre Douai su férreo cetro, los Claës conservaron sus cuan-

tiosos bienes aliándose con la nobilísima familia de los Molina, cuya rama primogénita, pobre a la sazón, pasó a ser lo bastante rica como para comprar el condado de Nourho que poseía solo titularmente en el reino de León.

A comienzos del siglo diecinueve, tras una serie de vicisitudes cuya exposición carecería de interés, la familia Claës estaba representada, en la rama establecida en Douai, por la persona de Balthazar Claës-Molina, conde de Nourho, quien prefería ser llamado sencillamente Balthazar Claës. De la inmensa fortuna amasada por sus antepasados que daban quehacer a un millar de oficios, conservaba Balthazar unas quince mil libras de renta en bienes raíces en el distrito de Douai, así como la casa de la calle de París cuyo mobiliario valía por lo demás una fortuna. Por lo que atañe a las posesiones del reino de León, habían sido objeto de un litigio entre los Molina de Flandes y la rama de dicha familia que había permanecido en España. Los Molina de León obtuvieron las posesiones y tomaron el título de condes de Nourho, si bien solo tenían derecho a ostentarlo los Claës; pero la vanidad de la burguesía belga superaba a la altivez castellana. Y así, cuando se instauró el Estado civil, Balthazar Claës dejó a un lado los harapos de su nobleza española en pro de su gran ilustración gantesa. Tan arraigado está el sentimiento patriótico en las familias exiliadas que hasta los últimos días del siglo dieciocho permanecieron fieles los Claës a sus tradiciones, costumbres y usanzas. Tan solo emparentaban con familias de la más pura bur-

guesía; exigían un cierto número de regidores y de burgomaestres por parte de la novia, para admitirla en su familia. Incluso iban a reclutar a sus mujeres a Brujas o a Gante, a Lieja o a Holanda, a fin de perpetuar las costumbres de su hogar doméstico. En las postrimerías del siglo pasado, su sociedad, cada vez más restringida, se limitaba a siete u ocho familias de la nobleza parlamentaria cuyas costumbres, cuya toga de anchos pliegues, cuya magistral gravedad en parte española, se avenían con sus hábitos. Los habitantes de la ciudad profesaban una suerte de religioso respeto a aquella familia, que constituía para ellos como un prejuicio. La constante integridad, la lealtad sin tacha de los Claës, su incommovible decoro, los convertían en una superstición tan inveterada como la de la fiesta de Gayant,¹ y bien expresada por ese nombre de Casa Claës. Se respiraba por entero el espíritu del antiguo Flandes en aquella mansión, que brindaba a los aficionados a las antigüedades burguesas el prototipo de las modestas casas que se construyó la rica burguesía durante la Edad Media.

El principal ornamento de la fachada lo constituía una puerta con dos batientes de roble guarnecidos de clavos dispuestos al tresbolillo, en cuyo centro los Claës habían mandado esculpir por orgullo dos lanzaderas acopladas. El vano de dicha puerta, edificado con piedra arenisca, terminaba en una cintra puntiaguda que soportaba una pequeña linterna rematada por una cruz en la

¹ Fiesta tradicional durante la que se paseaban por las calles unas gigantescas figuras de mimbre denominadas Gayant. (*N. del T.*)

que se veía una estatuilla de santa Genoveva hilando en su rueca. Pese a haber depositado el tiempo su pátina en las delicadas labores de aquella puerta y de la linterna, el exquisito celo con que las cuidaban los moradores de la casa permitía a los viandantes captar todos sus detalles. Y así, el marco, compuesto de columnillas ensambladas, conservaba un color gris oscuro y brillaba como si estuviese barnizado. A ambos lados de la puerta, en la planta baja, se abrían dos ventanas semejantes a todas las de la casa. Su marco de piedra blanca aparecía rematado bajo el antepecho por una concha profusamente adornada, y arriba por dos arcos separados por el montante de la cruz que dividía la vidriera en cuatro partes desiguales, ya que el travesaño, dispuesto a la altura precisa para formar una cruz, daba a los dos lados inferiores de la ventana una dimensión casi doble que las de las partes superiores redondeadas por sus cintras. El doble arco quedaba realzado por tres hileras de ladrillos que avanzaban una sobre otra y en las que cada ladrillo salía o entraba cosa de una pulgada para formar una greca. Los vidrios, pequeños y en forma de rombo, se engastaban en finísimas varillas de hierro pintadas de rojo. Las paredes, de ladrillos fijados con argamasa blanca, estaban reforzadas a trechos regulares y en los ángulos por cadenas de piedra. En el primer piso se abrían cinco ventanas; el segundo únicamente tenía tres, y el granero recibía la luz a través de una amplia abertura redonda con cinco compartimientos, orlada de arenisca, y situada en medio del frontón irregular que describía el aguilón,

como el rosetón en la portada de una catedral. En el remate se elevaba, a modo de veleta, una ruca cargada de lino. Los dos lados del gran triángulo que formaba la pared del aguilón estaban recortados a escuadra por unos a modo de escalones hasta el coronamiento del primer piso, donde, a derecha e izquierda de la casa, caían las aguas pluviales expulsadas por el hocico de un animal fabuloso. Al pie de la casa, una hilada de arenisca simulaba un peldaño. Por fin, postrer vestigio de las antiguas costumbres, a cada lado de la puerta, entre las dos ventanas había en la calle una trampa guarnecida con amplias tiras de hierro, por la que se penetraba en los sótanos. Desde su construcción, aquella fachada se limpiaba concienzudamente dos veces al año. Como faltase un poco de argamasa en una juntura, el agujero se tapaba de inmediato. Ventanas, antepechos, piedras, todo se restregaba como no se hace en París con los más preciados mármoles. No presentaba pues aquella fachada el menor síntoma de degradación. Pese a los tintes oscuros causados por la propia vetustez del ladrillo, se hallaba tan bien conservada como puedan estarlo un cuadro o un libro antiguos queridos por el coleccionista, que aún estarían nuevos, si no sufriesen, bajo la campana de nuestra atmósfera, la influencia del gas cuya malignidad nos amenaza a nosotros mismos. El encapotado cielo, la húmeda temperatura de Flandes y las sombras producidas por la escasa amplitud de la calle privaban muchas veces a aquel edificio del lustre que debía a su rebuscada limpieza, lo que, por otra parte, la hacía fría y

triste a la vista. Un poeta habría echado de menos unas cuantas hierbas en los huecos de la linterna o algún que otro musgo en las grietas de la arenisca, habría deseado que aquellas hileras de ladrillos se hubiesen resquebrajado, que bajo los arcos de las ventanas, alguna golondrina hubiera confeccionado su nido en las triples casillas rojas que los adornaban. Y así, el acabado, el aspecto pulido de aquella fachada medio raída por el frotamiento le conferían un aire secamente honesto y decentemente estimable que, de fijo, habrían hecho mudarse a un romántico, como se hubiera alojado enfrente. Cuando un visitante tiraba del cordón de la campanilla de hierro trenzado que colgaba a lo largo del marco de la puerta, y cuando la criada llegada del interior le abría el batiente en medio del cual aparecía una pequeña reja, aquel batiente, llevado por su peso, escapaba al punto de la mano y se cerraba produciendo, bajo las bóvedas de una espaciosa galería embaldosada y en las profundidades de la casa, un sonido grave y pesado como si la puerta fuese de bronce. Aquella galería, pintada de mármol, siempre fresca y sembrada de una capa de arena fina, conducía a un amplio patio interior cuadrado, pavimentado con anchas baldosas vidriadas y de color verdoso. A la izquierda se hallaban la lencería, las cocinas, la sala de la servidumbre; a la derecha la leñera, el depósito del carbón de piedra y las dependencias de la mansión cuyas puertas, ventanas, paredes aparecían adornadas con dibujos conservados con exquisita limpieza. La luz, tamizada entre cuatro paredes rojas rayadas de

filetes blancos, cobraba reflejos y tintes rosados que conferían a las figuras y a los menores detalles una gracia misteriosa y fantásticas apariencias.

Una segunda casa absolutamente similar al edificio que daba a la calle, y que, en Flandes, recibe el nombre de *bloque de detrás*, se erguía al fondo de aquel patio, sirviendo exclusivamente de vivienda de la familia. En la planta baja, la primera estancia era una sala de visitas iluminada por dos ventanas abiertas al patio, y por otras dos que daban a un jardín tan amplio como la casa. Dos puertas vidrieras paralelas conducían una al jardín, otra al patio, y correspondían a la puerta de la calle, de suerte que, desde la entrada, un extraño podía abarcar el conjunto de la mansión y divisar hasta los follajes que tapizaban el fondo del jardín. La casa de delante, destinada a las recepciones, y cuya segunda planta albergaba los aposentos para invitados contenía, por supuesto, objetos artísticos y grandes riquezas acumuladas; pero nada podía igualar a los ojos de Claës, ni a juicio de un experto, los tesoros que adornaban aquella estancia, donde venía transcurriendo la vida de la familia desde hacía dos siglos. El Claës muerto por la causa de las libertades gantesas, el artesano de quien nos formaríamos una muy leve idea si el historiador omitiese decir que poseía cerca de cuarenta mil marcos de plata ganados en la fabricación de las velas necesarias a la todopoderosa marina veneciana; aquel Claës tuvo por amigo al célebre escultor en madera Van Huysium de Brujas. En innumerables ocasiones hubo de recurrir el artista a la bolsa del artesano.

Algún tiempo antes de la revuelta de los ganteses, Van Huysium, ya rico, esculpió secretamente para su amigo un entablado de ébano macizo donde aparecían representadas las principales escenas de la vida de Artevelde, el cervecero que fuera un tiempo rey de Flandes. Aquel revestimiento, compuesto de sesenta paneles, contenía unos mil cuatrocientos personajes principales y pasaba por ser la obra capital de Van Huysium. El capitán encargado de custodiar a los burgueses a quienes decidiera colgar Carlos V el día de su entrada en su ciudad natal ofreció, según dicen, dejar huir a Van Claës si le daba la obra de Van Huysium; pero el tejedor la había mandado a Francia. Aquella estancia, totalmente enmaderada con los paneles que, por respeto a los manes del mártir, el propio Van Huysium fue a enmarcar con madera pintada en ultramar mezclada con molduras doradas, constituye pues la obra más completa de dicho maestro, vendiéndose hoy sus más pequeños fragmentos casi a peso de oro. Encima de la chimenea, Van Claës, retratado por Tiziano en su atavío de presidente del tribunal de los Parchons, parecía dirigir aún a aquella familia que veneraba en él a su gran hombre. La chimenea, primitivamente de piedra, con una campana muy alta, había sido reconstruida en mármol blanco durante el siglo pasado, y soportaba un viejo reloj y dos candelabros de cinco brazos retorcidos, de mal gusto pero de plata maciza. Decoraban las cuatro ventanas unos cortinones de damasco rojo, con flores negras, forrados de seda blanca, y el mobiliario, tapizado con la misma tela, había sido